



Los fenómenos residuales y la represión originaria¹

Dra. Fanny Schkolnik²

La propuesta de pensar los “fenómenos residuales”, que surge de los planteos freudianos en “Análisis terminable e interminable”(5), mantiene toda su vigencia, en tanto nos enfrenta al problema de los límites del análisis, vinculados a esos restos no analizables que en última instancia constituirían la “roca de base” de la que habla Freud en este mismo texto. Sin embargo, ¿podríamos acompañar hoy, en el año 2000, las vías de reflexión que transita Freud en relación a este tema? ¿O nos ubicamos en otra perspectiva? Y en ese caso, teniendo en cuenta las diferencias que se han ido estableciendo en la teorización con la que los analistas abordamos estos problemas actualmente, ¿tendríamos que hablar más bien de los distintos puntos de vista desde los que se piensan los obstáculos más difíciles de superar en un análisis ?

Por mi parte creo que las muy diferentes posturas respecto al tema de los límites del análisis responden a la diversidad y riqueza de los caminos de teorización que se han ido desplegando después de Freud y que caracterizan a la comunidad psicoanalítica en los comienzos de este siglo XXI. Si bien es cierto que muchas veces se nos hace difícil aceptar este pluralismo teórico porque complejiza la comunicación entre nosotros, a la vez constituye una fuente de interrogantes permanente que nos enriquece y nos aleja de certezas paralizantes. Los antecedentes que encontramos en el propio Freud (3), cuando habla del carácter conjetural de las teorías y modifica sus aportes teóricos si piensa que sus planteos anteriores no son pertinentes, o nos muestra sus vacilaciones y sus oscuridades,

¹ XXVIII Congreso Interno y XXXVIII Symposium de APA "Análisis terminable e interminable y el año 2000", noviembre 2000.

² Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay

constituyen seguramente un antecedente filiatorio fundamental para el desarrollo del psicoanálisis.

Aunque admitamos que en algunos puntos se acortan las diferencias, estableciéndose verdaderas “zonas de cruce” entre teorías (12), el riesgo de forzar la complementariedad o proximidad entre los diversos enfoques teóricos está siempre presente. Podemos perder la riqueza de matices que existen entre las distintas formas de pensar los problemas y obturar el pensamiento propio, con el argumento de que tal o cual cosa ya estaba dicha por algún otro. Es en base a este criterio, que intentaré abordar el tema planteando cual es la perspectiva desde la que yo me ubico para pensar los límites de lo analizable.

Un punto de partida fundamental en este sentido tiene que ver con los objetivos a los que apunta el análisis y las diferencias sustanciales con los de la psiquiatría o las muy diversas propuestas psicoterapéuticas que existen actualmente. La postura analítica, en este sentido, surge de la vinculación entre la clínica y la psicopatología, con una concepción teórica acerca del funcionamiento psíquico en la cual juega un papel central el determinismo del inconciente y el conflicto psíquico. Este necesario anudamiento nos lleva a transitar por caminos que nos separan de otros enfoques, cuyo objetivo es el de agrupar los datos de la clínica para organizarlos al servicio de un diagnóstico que condicionará el tratamiento a seguir. Se trata, en estos casos, de planteos esencialmente fenomenológicos, que apuntan esencialmente a actuar sobre el síntoma, dejando de lado la investigación acerca de su origen y la imprescindible teorización acerca de las características del mismo.

Nosotros, como analistas, nos ubicamos en otro lugar. No nos situamos en la posición de simple observadores, sino que realizamos un trabajo en el cual participa nuestro propio psiquismo - tanto desde el ámbito preconciente-conciente como del inconciente - para encontrar sentidos a partir de lo manifiesto que trae el paciente a través de su discurso. Discurso que no es meramente verbal, sino que se integra con elementos que están más allá de la palabra, como son: los gestos, tonos de voz y actos de diversa índole que se dan en ese marco tan particular del campo analítico. Lo que se pone en juego es la contratransferencia, instrumento fundamental de nuestra tarea que no es sólo una respuesta

a la transferencia del paciente sino la resultante de un proceso que se da en nuestro propio psiquismo, a consecuencia de ese encuentro particular del análisis.

Las teorías con las que nos manejamos nos atraviesan, y confluyen en la contratransferencia, con los afectos, percepciones, imágenes, recuerdos y sueños a que da lugar el trabajo de análisis. Por eso pienso que tenemos que quitarle a la metapsicología sus ropajes más abstractos y oscuros con los que se la suele presentar, para admitirla como un instrumento fundamental para nuestra labor clínica. De esta forma, lo pulsional y el determinismo inconsciente cobran vida en la práctica. Si la restringimos a los trabajos del 15 y a los más elevados niveles de abstracción, establecemos una separación entre teoría y clínica que no responde a la realidad de nuestra disciplina. Me parece más apropiado utilizar esta noción para referirnos a la teorización psicoanalítica en general que, en tanto se sostiene en las nociones de inconsciente y pulsión, se ubica más allá de la psicología de la conciencia y se mantiene fuertemente ligada a la clínica.

El objetivo del trabajo analítico estará entonces orientado a un cambio psíquico en el cual lo inconsciente se pone particularmente en juego. En ese marco transferencial, propicio para la circulación de lo pulsional, en el cual están inmersos paciente y analista, se dan múltiples y complejos movimientos que modifican las relaciones entre instancias y el carácter de los vínculos objetales. Al enriquecimiento en el ámbito del sentido, se suma el que se da también en los afectos, así como las consecuencias de los nuevos procesos de identificación y desidentificación que acompañan los cambios a nivel de la relación objetal.

En cuanto al tema de los límites del análisis, que dan lugar a lo que Freud denomina “fenómenos residuales”, creo que el texto de “Análisis terminable e interminable” nos acerca importantes aportes teóricos para pensar acerca de lo que se resiste a ser analizado. Una lectura actual de la obra permite, a mi modo de ver, encontrar la verdadera dimensión de las consecuencias que tendrán para la analizabilidad, los factores vinculados a las características que ha tenido la represión originaria en cada sujeto.

En este sentido, voy a citar un fragmento del texto, que muestra hasta qué punto Freud ha cambiado su concepción de la cura, en relación con trabajos anteriores, y a la vez, deja caminos abiertos, por los cuales hemos transitado los analistas en los últimos cincuenta años, para intentar una mayor comprensión de las diversas manifestaciones con las que se expresa lo que conceptualizamos como arcaico.

“Todas las represiones ocurren en la primera infancia; son unas medidas de defensa del yo inmaduro, endeble. En años posteriores no se consuman represiones nuevas, pero son conservadas las antiguas, y el yo recurre en vasta medida a sus servicios para gobernar las pulsiones. En nuestra terminología, los conflictos nuevos son tramitados por una post-represión (Nachverdrangung). Acerca de las represiones infantiles, acaso valga lo que hemos sostenido con carácter universal, a saber: que dependen enteramente de la proporción relativa entre las fuerzas y no son capaces de sostenerse frente a un acrecentamiento de la intensidad de las pulsiones. Y bien, el análisis hace que el yo, madurado y fortalecido, emprenda una revisión de estas antiguas represiones; algunas serán liquidadas y otras, reconocidas, pero a éstas se las edificará de nuevo sobre un material más sólido. Estos nuevos diques tienen una consistencia por entero diversa a los anteriores; es lícito confiar en que no cederán tan fácil a la pleamar del acrecentamiento pulsional. La rectificación con posterioridad del proceso represivo originario, lo cual pone término al hiperpoder del factor cuantitativo, sería entonces la genuina operación de la terapia psicoanalítica.”

Y más adelante, en el mismo texto, luego de referirse a los fenómenos residuales y la inconstancia del tratamiento, dice que sólo parcialmente logramos alcanzar este objetivo y que a menudo muchos sectores del mecanismo antiguo, es decir vinculados a la represión originaria, permanecen intocados por el trabajo analítico.

Hoy, en el 2000, yo diría que compartimos la propuesta freudiana acerca de la importancia de producir cambios que alcancen la represión originaria. Y podríamos pensar que un análisis suficientemente bueno sería entonces aquél en el cual se puedan trabajar los conflictos que se vinculan a los orígenes de la estructuración psíquica, propios del ámbito

de lo que catalogamos como arcaico. También sabemos que siempre vamos a tropezar con la roca de la que habla Freud en este mismo texto. Pero a mi modo de ver, esa roca ya no está vinculada esencialmente a la biología, tal como se desprende de la conceptualización freudiana, porque no podemos restringir el conflicto a lo constitucional e intrapsíquico, sino que valoramos los efectos del encuentro con ese otro primordial y la incidencia de sus deseos inconcientes que remiten incluso a lo transgeneracional. Las características de la dinámica pulsional de estos primeros momentos de la estructuración psíquica, condicionarán entonces los distintos matices de la patología.

El concepto que maneja Laplanche de represión originaria (8), como un proceso que se da en dos tiempos, enriquece, a mi modo de ver, las posibilidades de comprensión cuando nos enfrentamos a la patología. A partir de la carta 52 (2), en la cual Freud establece diferentes niveles en la constitución del aparato psíquico, Laplanche plantea que habría un primer tiempo de la represión originaria, en el cual se producirían las primeras inscripciones. En ese registro, pre-inconciente, las percepciones que de alguna manera se vinculan a los mensajes que provienen del inconciente del otro, quedarían inscriptas como signos de percepción, configurando el registro de los significantes enigmáticos. En el segundo tiempo de la represión originaria se constituirían, a la vez, el yo y el inconciente. Habría allí una primera traducción, del significante enigmático a la representación cosa. A partir de la división en la cual se instauran el inconciente y el yo, seguirán dándose nuevas transcripciones y resignificaciones. Algunas de estas representaciones-cosa permanecerán en el inconciente como tales, y otras, podrán ligarse a representaciones-palabra, mediante un complejo y permanente movimiento metáforo-metonímico. Así se va gestando el necesario trabajo de simbolización que contribuirá a la constitución del psiquismo, por la acción permanente de la represión secundaria, la post-represión, que opera como un verdadero sello para sostener a la represión originaria, evitando la emergencia masiva de lo pulsional.

Cuando falla el sostén de la represión secundaria, nos encontramos con lo que a nivel de la clínica aparece como la expresión de un modo de funcionamiento que catalogamos como arcaico, porque nos evoca los orígenes de la constitución del sujeto, cuando el ámbito

representacional y la diferencia sujeto-objeto no estaba bien establecida. Pero tenemos que tener en cuenta que, en la patología, la persistencia de una indiscriminación con el otro no es la misma que en la situación originaria. Tal como lo ha señalado Lévi Strauss, pensarlo así responde a una “ilusión arcaica (10), dado que se da en un psiquismo que en alguna medida ya está estructurado, aunque la relación con el objeto sufra las consecuencias de una fuerte desmentida de la alteridad.

¿Cómo entender el papel de la desmentida en este modo de funcionamiento? Estamos sin duda en el terreno del narcisismo arcaico. Sin embargo, tal como yo lo entiendo, es importante diferenciar las características de este narcisismo con las del narcisismo fálico, en el cual la desmentida de la separación responde fundamentalmente a una búsqueda que tiene que ver con una ilusión de completud. En el narcisismo arcaico, la desmentida de la separación es más bien una defensa frente a la imposibilidad de procesar psíquicamente determinados estímulos externos o internos. Lo desmentido es lo intolerable, lo que no se puede metabolizar, y queda escindido en el psiquismo.

En estos casos, la relación con el objeto ha sufrido los efectos desligantes de la pulsión de muerte, por un desbalance dinámico en el interjuego con la pulsión de vida. Hay un predominio de lo que Green caracteriza como función desobjetalizante(7), que ejerce una acción desligante sobre la malla representacional, afectando las posibilidades de simbolización. Las limitaciones para disponer de las representaciones que permitan procesar los estímulos internos y externos, dan lugar a angustias y vivencias de desorganización psíquica, favoreciendo las actuaciones de diversa índole e intensidad, que comprometen el cuerpo o el vínculo con el otro. Por otra parte, la agresividad y el masoquismo propios del empuje de la pulsión de muerte, inciden particularmente en las características de dichas actuaciones.

Estamos frente a fallas en la estructuración psíquica, que remiten a los orígenes del sujeto. Pero el predominio de la pulsión de muerte no podemos atribuirlo exclusivamente a factores constitucionales. Algo no anduvo bien en ese primer encuentro inaugural y fundante del sujeto, que impidió el necesario investimento libidinal proveniente del otro,

para despertar suficientemente la acción de la pulsión de vida y neutralizar los efectos destructivos de la pulsión de muerte. El concepto de intromisión de Laplanche(9) y el de violencia secundaria de Piera Aulagnier(1), nos permiten avanzar en el intento de comprender las dificultades que pudieron plantearse en esa primera relación, a partir de los mensajes inconcientes transmitidos por la madre.

En cuanto a la desmentida, creo que es importante pensar cómo la entendemos en estas situaciones. Tanto esta noción, como la escisión del yo a que da lugar, han sido planteadas por Freud esencialmente en relación con la angustia de castración y la angustia de muerte. Pienso que en el caso de lo arcaico, lo que está en juego es la angustia por la muerte psíquica. El paciente buscaría, a través del vínculo con el objeto, un continente para lo pulsional desligante, estableciendo con ese objeto, en función precisamente de su carácter continente, una ligadura que toma las características de lo fusional.

La clínica de los fenómenos residuales es la clínica de lo arcaico, que está presente en las distintas entidades psicopatológicas, más allá de que en algunas tenga un lugar preponderante, como es el caso de las psicosis. Mi interés, en esta ocasión, es referirme particularmente a las neurosis, para dejar planteadas algunas ideas en este sentido.

A pesar de la fuerte tendencia a jerarquizar el supuesto predominio de las llamadas patologías narcisistas, que se ha dado últimamente en muchos ámbitos del psicoanálisis actual, y también en la psiquiatría,(que borra las neurosis en las clasificaciones diagnósticas del DSM IV), pienso que hoy sigue siendo válido el diagnóstico de neurosis. Ya en la década del 70 Marucco (11) afirmaba que en las neurosis coexistían lo edípico y lo narcisista, lo reprimido y lo escindido. Un planteo que comparto, porque nos permite dar cuenta de una realidad clínica con la que nos encontramos permanentemente.

La mayoría de nuestros pacientes son neuróticos, aunque presenten, en mayor o menor grado, aspectos escindidos. Lo que sí tenemos que aceptar, es que las neurosis también pueden ser graves. No sólo por el enorme sufrimiento que ocasionan, sino también por las dificultades para lograr los cambios que podrían esperarse del análisis, particularmente en

relación a la entidad que tienen muchas veces las escisiones. Pero también es cierto que la concepción que tenemos actualmente de las neurosis ha cambiado en muchos aspectos.

El papel de lo biológico en la dinámica pulsional, ha perdido la fuerza que tenía en la conceptualización freudiana.

Por otra parte, ya no podemos sostener que el conflicto es fruto de un proceso exclusivamente intrapsíquico, dado que sabemos hasta qué punto inciden las vicisitudes de las complejas redes del entramado familiar. La importancia del otro en la constitución del psiquismo y en la predisposición a la patología, ha pasado a ocupar un lugar fundamental en las distintas teorizaciones actuales.

Tampoco pensamos el conflicto, a nivel de la represión secundaria, solamente como una consecuencia del enfrentamiento entre el deseo sexual incestuoso del complejo de Edipo y la prohibición. En los deseos propios del tránsito edípico se resignifican siempre, en alguna medida, otros deseos, que tienen que ver con una dificultad de aceptar la separación de la madre. Y la clínica también nos ha enseñado que muchas veces existe una tendencia a lo dual, por la dificultad de romper esa importante ligazón originaria con la madre.

Me interesa subrayar que, tal como yo lo pienso, nuestra práctica nos lleva a diferenciar dos tipos de vínculos duales (13). El que se da cuando la diferenciación yo- mundo exterior está esencialmente bien establecida, de aquél en que predomina un funcionamiento arcaico. En ambas situaciones se da un desajuste en la relación entre pulsión de vida y de muerte, al tramitar el deseo del otro significativo como estructurador del psiquismo, que se vincula a carencias en la función simbólica separadora de las figuras parentales. En el primero de ellos, la desmentida de la separación está vinculada a la persistencia de un vínculo dual libidinal con la madre, que no habilita suficientemente el desprendimiento del hijo. Mientras que en el segundo caso, cuando predomina lo dual arcaico, la desmentida tiene que ver con los efectos desligantes de la pulsión de muerte, en su vertiente de destructividad, como consecuencia del sadismo y los deseos filicidas provenientes del inconciente del otro.

Cuando el vínculo es esencialmente libidinal, no existe un riesgo de desorganización para el psiquismo. Las dificultades surgen en la tramitación de la conflictiva edípica y se ponen de manifiesto a nivel de la sexualidad. Pero cuando se trata de pacientes con un predominio del vínculo dual arcaico, nos encontramos en los bordes de la neurosis, e incluso, para muchos analistas, habría que pensar que se trata de pacientes fronterizos, engrosando ese amplio territorio de las llamadas patologías narcisistas. Sin embargo, a mi criterio, se justifica mantener el diagnóstico de neurosis porque, si bien nos encontramos con trastornos en la discriminación que podemos atribuir a los aspectos fallantes que remiten a la represión originaria, el conflicto sigue desplegándose esencialmente en torno a la sexualidad.

En el encuentro que tenemos con ellos, nos orientamos en el diagnóstico particularmente a partir de lo que surge del análisis de la contratransferencia. Nos sorprendemos frente a las conductas pueriles que suelen aparecer en la transferencia, o el lenguaje que por momentos tiende a lo concreto, con cierta pobreza en la metaforización, mientras que el mismo paciente nos da elementos para pensar que en muchos otros vínculos se maneja con una alta capacidad de abstracción e importantes posibilidades creativas.

En el curso del trabajo analítico se nos destaca la entidad de las depresiones, la tendencia a establecer vínculos indiscriminados y dependientes, la agresividad, el masoquismo, y las actuaciones particularmente ligadas al área del cuerpo, como son las afecciones psicósomáticas o los trastornos hipocondríacos severos, que nos muestran la fuerte tendencia a adoptar formas arcaicas de comunicación.

Para citar un caso conocido por todos nosotros, pienso que ésta sería la situación del Hombre de los Lobos (4). A través de lo que pudimos saber por la recopilación que hizo Muriel Gardiner (6), nos encontramos con alguien que si bien pudo beneficiarse mucho del análisis con Freud, en el cual se trabajó fundamentalmente su conflictiva edípica, estrechamente ligada a una importante angustia de castración, tuvo que recurrir nuevamente al análisis, por una sintomatología que respondía a un funcionamiento arcaico.

En el análisis con Ruth MacBrunswick, las preocupaciones hipocondríacas por los agujeros en la nariz desbordan lo que podría ser pensado únicamente como angustia de castración fálica porque, a mi modo de ver, remiten también, a angustias de vacío y desorganización. Por otra parte, sus vínculos de extrema dependencia (con su madre, su esposa y sus analistas), sus importantes depresiones, las preocupaciones hipocondríacas, y una cierta puerilidad que contrasta con su aguda inteligencia, hacen pensar en un lado arcaico del paciente.

Sin embargo, no podríamos decir que descartamos el diagnóstico de neurosis. La importancia de su conflictiva edípica y su curso de vida, no hacen más que confirmarnos esta hipótesis. En él, predominaron los vínculos estables, sin las características que se dan en los fronterizos, que de una u otra forma terminan siempre desligándose de las relaciones que intentan establecer. Se recibió de abogado y trabajó 30 años en el mismo lugar, hasta jubilarse. Mantuvo vínculos afectivos importantes y transitó situaciones difíciles de pérdida frente a las cuales supo buscar ayuda para poder procesarlas sin llegar a desorganizarse mayormente.

¿Cómo posicionarnos en el análisis cuando estamos enfrentados a estas neurosis en las que se da un predominio de lo arcaico? Tenemos que utilizar nuestros instrumentos habituales con la flexibilidad necesaria para evitar actualizaciones transferenciales de lo arcaico, riesgosas para el paciente; y al mismo tiempo, habilitar el acceso a las fallas propias de lo originario. El analista tiene que ofrecerse como continente, invistiendo libidinalmente a ese paciente carenciado, pero a la vez creando permanentemente las condiciones para favorecer la discriminación. La técnica de trabajo con lo arcaico requiere también, relativizar el papel de la asociación libre, dado que puede aumentar la regresión, y con ella, la angustia de desligación, dando lugar a una intensificación de las defensas más arcaicas. La tarea esencialmente ligadora que hay que realizar, por lo menos durante largos períodos del análisis, tampoco permite siempre una atención parejamente flotante, con las características que tiene en las neurosis que no presentan estos riesgos de desorganización. Las interpretaciones directas de la transferencia tendrán que limitarse para evitar un

incremento de lo dual e indiscriminado. Y la labor interpretativa estará en muchos momentos más cerca de las construcciones y el señalamiento de la desmentida, que de la deconstrucción propia del trabajo con lo reprimido (14).

Si retomamos nuestra preocupación inicial acerca de los límites del análisis, diríamos, luego de este recorrido, que sin duda nos encontraremos siempre finalmente con una roca inanalizable. Pero que en la medida que podamos avanzar, tanto en el análisis del narcisismo vinculado a la desmentida de la castración fálica, como del narcisismo arcaico por desmentida de la alteridad, lograremos disminuir los efectos de los fenómenos residuales.

Resumen

El objetivo de este trabajo es interrogar los fundamentos metapsicológicos, las características de la clínica y los instrumentos de la técnica más apropiados para abordar lo que Freud calificaba como “efectos residuales”. Un tema que nos convoca particularmente a los analistas en el momento actual, por la necesidad de conocer los obstáculos que impiden los movimientos del análisis.

¿Podría pensarse en una reapertura de la represión originaria durante el análisis, que abriría una posibilidad de que se produjeran cambios a nivel de la conflictiva propia de lo arcaico?

¿Diríamos actualmente que la roca que nos impide avanzar en el análisis está ligada en última instancia a la biología- como lo planteaba Freud- o la vincularíamos más bien a fallas en la simbolización, cuyo origen remite a la relación con el otro originario, que dan lugar a un modo de funcionamiento psíquico en el cual la indiscriminación juega un papel importante?

¿Qué lugar le adjudicamos a la pulsión de muerte cuando se trata de trabajar en los bordes de la neurosis o en patologías más próximas a la psicosis?

La propuesta del trabajo busca discutir e investigar en torno a los muchos interrogantes que se abren en relación a los límites que se imponen en el análisis y las posibilidades de abrir nuevos caminos para trabajar con ellos.

Bibliografía

1. AULAGNIER, P. La violencia de la interpretación. Amorrortu, Bs.As., 1975.
2. FREUD, S. Carta 52 (Fragmentos de la Correspondencia con Fliess). En: T. 1. Amorrortu, Bs.As. 1982.
3. _____ Pulsiones y sus destinos. En: Trabajos sobre metapsicología. T. XIV
Amorrortu, Bs. As., 1979-
58/ *Fanny Schkolnik*

4. _____ De la historia de una neurosis infantil. En: T XVII, Amorrortu, Bs. As., 1979-
5. _____ Análisis terminable e interminable. En: T XXIII, Amorrortu, Bs. As., 1979.
6. GARDINER, M. El hombre de los lobos por el hombre de los lobos Nueva Visión, Bs. As., 1971.
7. GREEN , A., La metapsicología revisitada. EUDEBA, Bs.As., 1996.
8. LAPLANCHE, J. La révolution Copernicienne inachevée. Aubier, París, 1992.
9. _____ La prioridad del otro. Amorrortu, Bs. As., 1992.
10. LÉVI-STRAUSS, C. Las estructuras elementales del parentesco. Paidós, Bs.As. 1969-
11. MARUCCO, N., Cura Analítica y transferencia. Amorrortu, Bs. As., 1998.
12. SCHKOLNIK, F., Acerca del concepto de curación. RUP 64, 1986.
13. Lo arcaico en la neurosis. En: IX Jornadas Psicoanalíticas del Uruguay, 1995.
14. _____ El trabajo de interpretación 2001. Inédito